

Literatura e Historia

María Terecita Minellono

1. Cuando Aristóteles considera en el capítulo noveno de la *Poética*, «La poesía es más filosofía que la historia», las funciones inherentes a poetas e historiadores, al tiempo que normatiza los rasgos particulares de ambos géneros y sus formas de escritura (no asimilables a un único paradigma literario), sienta las bases de las primeras delimitaciones del campo de ambas disciplinas, con aciertos y errores teóricos que se trasladarán sin mayores modificaciones hasta promediar el siglo XIX. Cito al respecto:

«la obra propia del poeta no es tanto narrar las cosas que realmente han sucedido cuanto contar aquellas cosas que podrían haber sucedido y las cosas que no son posibles según una verosimilitud o necesidad.»⁽¹⁾

Reserva para el historiador la singularidad de «contar los sucesos que

(1) Aristóteles, *Poética*, Madrid, Aguilar, 1966, p.46.

realmente han sucedido. ⁽²⁾

A lo largo del tiempo esta oposición binaria ha proliferado en múltiples testimonios, orientados para convalidar el carácter ficcional del texto literario, libre en la elección de sus enunciados, contradictorio en la omisión, apego o reelaboración simbólica de un referente extratextual previo, y los rasgos objetivos, rigurosos y verificables del texto histórico, anclado en una realidad topológica y temporalmente reconocible.

Definición conceptual tan suscita como frágil puede reconocerse en obras de diferente tipo, particularmente en la novela histórica, especie predilecta del gusto romántico que sólo encontró sus condiciones de posibilidad a partir de episodios tales como la Revolución Francesa y la caída de Napoleón, circunstancias donde «la historia se convirtió en una experiencia de masas» y «la propia existencia como algo condicionado históricamente», más allá de cualquier abstracción conceptual. ⁽³⁾

A ningún escritor de antiguas o modernas obras del género, pueden resultarle ajenos los verdaderos objetivos de esta combinación estética que halló su clímax en la producción literaria de Walter Scott, menos orientada hacia la reconstrucción arqueológica del pasado que a la incidencia fáctica sobre el presente del autor y sus lectores. Podemos enumerar como ejemplos de estas estrategias discursivas, dentro del corpus de la literatura hispanoamericana, obras tales como *Amalia*, de José Mármol, *Ismael*, de Eduardo Acevedo Díaz, *Durante la reconquista*, de Alberto Blest Gana y más próximas a nosotros *Yo, el Supremo*, de Augusto Roa Bastos, *Las lanzas coloradas*, de Arturo Uslar Petri y *La revolución es un sueño eterno*, de Andrés Rivera.

De nuestras observaciones se desprende que en la novela histórica, los hechos del pasado son un pretexto para interrogar e

(2) Aristóteles, *Poética*, po. cit. 1966, p. 46.

(3) Luckács, Georg, *La novela histórica*, México, Ediciones Era, 1966, p. 19

interpretar el presente de la escritura; este desplazamiento temporal que hemos señalado, nos acerca a un primer cuestionamiento del concepto de historia como «disciplina que se ocupa de los hechos ocurridos en el pasado», responsable de haber restringido «no sólo la noción de pasado sino también la noción de vida histórica». ⁽⁴⁾

Observadas, a su vez, desde el campo de la literatura, particularmente desde la sociocrítica, las novelas históricas así como otros textos realistas, no podrían escapar de las tres ilusiones que han sido el blanco de sus ataques: la ilusión referencial, la ilusión del texto homogéneo y la ilusión del sujeto. ⁽⁵⁾

Pero más allá de esta convivencia de ambas disciplinas, que trasciende el campo de la novela histórica para manifestarse en otras especies literarias tales como la biografía, la autobiografía, las memorias, los diarios, los diarios de viajes y las cartas de carácter público o privado, los actuales estudios y avances metodológicos nos permiten situar sus relaciones en planos que trascienden las apariencias textuales, para instalarse en la génesis de sus discursos que tienden a diferenciarse en sus objetivos y sus alcances.

2- Asistimos actualmente a un proceso de complejización del campo específico de ambas disciplinas, mucho tiempo cristalizadas en los límites del pensamiento positivista, al que se suman modificaciones en los vínculos, diferencias, préstamos e hibridación de sus prácticas de escritura. Esta circunstancia se hace más intensa a partir de los estudios de historia cultural (Roger Chartier) e historia de los conceptos (Reinhart Koselleck); los avances en teoría literaria (Roland Barthes, Hyden White, Frederick Jameson); los conocimientos sobre imaginarios sociales (Bronislaw Baczko, C. Castoriadis y E. Kantorowicz), responsables de una nueva

(4) Romero, José Luis, *La vida histórica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, p.123

(5) Para desarrollar estos temas ver: Altamirano, Carlos y Sarlo Beatriz, *Literatura-Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983, p.52

conceptualización de lo imaginario como fenómeno individual y colectivo, no asimilable al mundo de lo «pseudo»; los aportes sobre la filosofía de lenguaje (Michel Foucault) y la metafísica de la narratividad (Paul Ricoeur).

Estos y otros aportes metodológicos nos permiten superar pares de conceptos tradicionalmente enfrentados: falso-verdadero, imaginario-real, ficcional-histórico, bases de nuevas dicotomías sobreinstaladas, cuya síntesis podría reconocerse, de modo general, en las categorías arte y ciencia. Es objetivo de nuestros actuales proyectos de investigación, dirigidos por el Dr. José Panettieri, transitar estas alternativas teóricas teniendo como punto de partida los textos históricos y literarios de diferentes periodos de nuestra cultura, tomándolos como espacios de confrontación entre discursos que conviven en el seno de las ciencias sociales, su fuerte polifonía y su indudable valor dialógico.

3. El valor de la narrativa en la representación de la realidad.

En sus ensayos *Metahistoria* y *El contenido de la forma*, Hyden White nos plantea los problema inherentes al trabajo del historiador en tanto sus deseos o pretensiones de hacer que los acontecimientos representados hablen por sí mismos, o se presenten contando su propia historia. Mediante un amplio espectro de respuestas posibles a esta cuestión, la historia y la literatura se han expresado conforme sus convicciones más profundas. Para quienes se han formado en el campo de la literatura, no existen mayores objeciones en considerar los textos historiográficos como un tipo particular de textos literarios, sujetos a arreglos formales y usos retóricos comunes a las obras de ficción. Partiendo del reconocimiento de especies tan diversas como los anales, las crónicas o las narrativas históricas propiamente dichas, Northrop Frye, en *Anatomy of Criticism*, admite la existencia de cuatro tipos de textos históricos que se explicarían por el modo que han sido «tramados» o escritos; no se

escapa a nuestra razón el fuerte condicionamiento ideológico que supone optar por una u otra «Trama», lo que significa, sin duda, una u otra concepción de la historia. Fundamenta sus aseveraciones con los ejemplos de Michelet (escribió la *Historia de Francia* como romance), Ranque (prefirió formalmente la comedia), Tocqueville (la tragedia) y Burckardt (la sátira).

Pero la poética planteada por Hyden White no se agota en este aspecto; reconoce, además, un explicación del texto histórico por su argumentación formal.

Cito:

«Además del nivel de conceptualización en que el historiador trama su relato narrativo de lo que sucedió, hay otro nivel en el cual puede tratar de explicar el sentido de todo eso o qué significa todo eso. En este nivel puedo discernir una operación que llamo por argumentación formal, explícita o discursiva. Esa argumentación ofrece una explicación de lo que ocurre en el relato invocando principios de combinación que sirven como presuntas leyes de explicación histórica».⁽⁶⁾

No existiendo acuerdo entre los historiadores respecto de cuales son las leyes de causalidad social, ni tampoco sobre los criterios que deben regir las verdaderas explicaciones científicas de los hechos históricos, ordena en cuatro grupos (organicistas, formistas, mecanicistas y contextualistas) las diferentes posiciones, conforme su tipo de argumentación particular.

Los límites de esta comunicación no nos permiten profundizar estos temas; se nos impone, a pesar de ello, señalar otros aspectos que Hyden White refiere a la narrativa histórica: la implicación ideológica o adhesión del historiador a las posiciones tipificadas por

(6) White, Hyden, *Metahistoria. La imaginación histórica en siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 22

Karl Manheinn (anarquismo, conservadorismo, radicalismo y liberalismo) y la teoría de tropos (metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía).

4. Jameson, el Inconciente político, los textos literarios como acto socialmente simbólicos

Así como Hyden White enfatiza sobre el carácter intrínsecamente literario del texto histórico, Frederic Jameson instala los textos deliberadamente literarios en el campo de las expresiones simbólicas, «de la lucha colectiva por arrancar un reino de la Libertad al reino de la Necesidad», dicho de otro modo, los sitúa como unidades de una gran historia colectiva, «en una única y vasta trama inconclusa». ⁽⁷⁾

Para Jameson todos los textos son textos políticos, expresiones alegóricas del «inconciente político» que compartimos, y al que sólo podemos abordar como historia textualizada. De estas afirmaciones, surge, inevitablemente, el tema de la autonomía del texto literario y además, las cuestiones vinculadas con sus posibilidades de determinación por el contexto, «la causalidad mecánica» (expresada en la teoría del «reflejo», mímesis o realismo) o «la causalidad expresiva», verificable mediante el análisis de las mediaciones.

Cito:

«No hay necesidad de inventar maneras de enlazar acontecimientos del lenguaje y trastornos sociales o contradicciones económicas, porque en ese nivel nunca estuvieron separados unos de otros. El reino de la separación, de la fragmentación de la explosión de

(7) Jameson, Frederic, Documentos de cultura, Documentos de barbarie, Madrid, Visor, 1989, p.17

códigos y la multiplicidad de disciplinas es meramente la realidad de la apariencia: existe, como diría Hegel, no tanto en sí sino más bien para nosotros»⁽⁸⁾

Estas posibilidades interpretativas permiten que el texto literario se abra más allá de los límites del formalismo y supere, además, las forzadas relaciones extratextuales de la causalidad mecánica responsable de experiencias desafortunadas en el campo de la cultura.

Entendido en estos términos, el texto puede escapar de la cosificación para transformarse, potencialmente, en un acto de rebeldía contra la cosificación misma, pudiendo operar, además, en la resolución o solución simbólica de las contradicciones estructurales de las que forma parte.

En este sentido es lícito vincular las posturas de Jameson con los aportes teóricos de Bazcko (en tanto su comprensión de los textos como espacios posibles de proliferación de Utopías) y las formulaciones de Hyden White, cuando advierte la presencia del contexto al interior de cada texto, aún en la evasión del referente.

Hemos desarrollado sintéticamente algunos aspectos relativos al dispositivo teórico de nuestra investigación interdisciplinaria, sujeta a todas las modificaciones que la implementación sugiera, contraria a forzar, por ningún motivo, resultados que contradigan nuestro marco previo de referencia.

5- Podemos constatar que el S. XIX coincidió en Hispanoamérica con el momento de su emancipación, esta circunstancia, sumada a las características estéticas de los modelos incorporados de las metrópolis (romanticismo, realismo, naturalismo), produjo un tipo de escritura cuyo discurso tuvo carácter decididamente político.

Facundo nos retrotrae a esta situación que puede verificarse también en la obra de Echeverría, Alberdi, Vicente López, Mitre, la

(8) Jameson, Frederic, Documentos de cultura, Documentos de barbarie, op.cit. p. 34

generación del 37 en su conjunto y trascendiéndola, los hombres del 80.

Nuestras lecturas partirán del reconocimiento de estos textos como «documentos de cultura», vehículos de una clase que se pensaba a sí misma como encargada de la construcción de un proyecto nacional, a través de los ideales del progreso continuo y el triunfo de la civilización sobre la barbarie.

Este es el primer aspecto de nuestras futuras investigaciones pero no el único; en el marco del siglo XX tomaremos el fenómeno de las Vanguardias Históricas (nuevo encuentro entre expresiones estéticas y políticas de carácter transnacional), desde su origen (1914) hasta su clausura más o menos definitiva, con la irrupción de gobiernos dictatoriales en casi toda Latinoamérica y el estallido de la Crisis del 30.

Apostamos a un enriquecimiento mutuo de ambas disciplinas, fragmentadas por la precariedad de la especialización y la magnificencia de sus universos particulares.

Bibliografía

ALTAMIRANO, Carlos y SARLO Beatriz, *Literatura-Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983.

BACZKO, Bronislaw, *Los imaginarios Sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991

BOURDIEU, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995.

CHARTIER, Roger, *El mundo como representación estudio sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa Editorial, 19992.

JAMESON, Frederic, *Documentos de cultura*, Documentos de barbarie, Madrid, Visor, 1989.

LUKACZ, Georg, *La novela histórica*, México, Ediciones Era, 1977

WHITE, Hyden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992

WHITE, Hyden, *Metahistoria. La imaginación histórica en siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.